

## ORLANDO FIGES

*The Whisperers. Private life in the Stalin's Russia*

Picador, Estados Unidos de América, 2007

ISBN: 978-0-3124-2803-7, 740 págs.

*Reseñado por*  
*Jorge Muñoz Sougarret*  
*Universidad de Los Lagos*

*Un verdadero bolchevique no puede  
ni debe tener una familia, porque se  
debe completamente al Partido*

Josef Visariónovich (aka. Stalin)

Reseñar el último libro del historiador inglés Orlando Figes tiene variadas aristas, desde el relato realizado y su metodología, hasta las repercusiones actuales que tiene su trabajo. Expondremos de forma ordenada y paciente cada uno de aquellas vertientes, siendo la más evidente la temática que aborda el libro.

Desde el impulso renovador de la glásnost, hacia mediados de la década de 1980, en la antigua Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se ha ampliado la información relativa al régimen stalinista y sus repercusiones en la población soviética. La línea central trazada por gran parte de los trabajos ha sido la exposición más cruda de los diversos crímenes y vejámenes realizados al amparo de la Revolución. Desde el examen de los juicios de Moscú hasta la creación de los gulags siberianos, sólo hemos podido conocer un mayor nivel de detalle gracias a lo develado por las obras novelísticas de los exiliados y refugiados en Occidente. Uno de los investigadores más prolíficos de aquella generación es Orlando Figes, quien con anterioridad nos había brindado un completo trabajo relativo a las revoluciones rusas y un interesante ensayo sobre la vida cultural en la Rusia soviética. Y aquí surge el primer elemento sugerente del libro que reseñamos, pues éste rompe con la

tradición historiográfica y nos presenta un mundo soviético desconocido, el cosmos de las conversaciones silenciosas.

Para un occidente ufano y complacido de sí mismo -al menos lo estaba hasta hace unos días, si no mal recuerdo- los relatos de las personas que intentaron luchar contra el régimen stalinista vinieron a ser la confirmación de su certeza más arraigada, la individualidad del humano es refractaria a la socialización de la vida. Tales relatos han sido el fruto predilecto de lectores académicos como logos; a sabiendas de aquello, Figes ha desviado su mirada. *The Whisperers* no orbita en torno al relato de los opositores al régimen -aunque muchas de sus historias son contadas-, sino que circunvala la vida de los millones que callaron e internalizaron los valores entregados por el Estado soviético. Es un libro relativo a los niños y jóvenes que no vivieron la revolución, que no vieron a zares ni revolucionarios en la clandestinidad, pero los conocieron (y despreciaron) en las aulas de clases del Zoroastro soviético. Donde el bien era representado en la esquina de Lenin y su animismo, en tanto todo lo malo reposaba en la sección más agria de la lengua, listo para ser invocado como insulto, ahí dormía el "enemigo del pueblo". Aulas en que aprendiendo a agradecer y sentirse

orgullosos por haber nacido en el país más libre del mundo, baluarte de la humanidad y espólón de la escalada mundial de la liberación del hombre del yugo del hombre.

Este es un libro de amor, que como todo gran amor tiene tanto de miedo como de pasión. Es un libro que relata, por la voz directa de sus actores, como toda una generación fue educada para jugar un rol en la historia. Fueron criados para liberar al mundo. Pero para poder actuar en el drama mundial eran necesarios ciertos costos, personales y sociales, el primero y más importante: la pureza de pasado. La médula del libro descansa en aquel componente, son cientos de historias de familias golpeadas por su “impureza” revolucionaria, medianos campesinos, artesanos y artistas, fueron perseguidos por ser considerados “enemigos del pueblo”. Pero no será la historia de ellos la columna vertebral del libro, sino la de sus hijos e hijas. El fusilamiento o la vida en el destierro fueron el fin de muchos de los “enemigos del pueblo”, pero sus hijos, arrancados del seno familiar por el sistema educacional soviético, crecieron con la vergüenza de las fragilidades de sus procreadores. Empujados por el miedo y la abyección gran parte de esos niños renegó de sus padres, renunciando públicamente a ellos, y abrazando al Régimen como su única salvación.

Pero no era suficiente pertenecer desde joven a las estructuras soviéticas —desde el Komsomol al Partido—, se debía vivir en silencio, sin hablar de la familia y del pasado. En las grandes ciudades los apartamentos compartidos provocaron que incluso la intimidad fuera vista como peligrosa, aquel que buscaba la privacidad debía tener algo que ocultar. El sueño orweliano de un Stalin panóptico era imposible, en cambio existieron miles, millones, de ojos y lenguas habidas de hablar de los otros a los órganos policiales. Todo para mantener la mirada alejada de la propia persona. Este libro muestra como el miedo debilita a los individuos y a las sociedades, como nuestro deseo de adaptación nos lleva a la propia negación,

como la desconfianza merma nuestras relaciones personales. Una vida en que el padre controla su lengua frente a sus hijos por miedo a ellos o donde las parejas son capaces de compartir una vida sin hablarse de forma sincera. Es el infierno de Sartre concentrado, íntimo, que obliga a la persona a amar a su agresor. Quizás uno de los momentos más sobrecogedores de este libro es leer las entrevistas de hombres y mujeres que sufrieron la represión estatal (desde la muerte de sus padres hasta su propio destierro) y observar cómo, aun en la actualidad, justifican el actuar del Estado soviético, considerando que lo sufrido por ellos fue justo e, incluso más, expresan que el único amor fraternal que han sentido se concentra en un solo individuo, Stalin. Padre, hermano y guía del momento en que ellos se enfrentaron al destino para el que habían sido educados, la defensa de la madre Rusia.

Los hijos de los “enemigos del pueblo” presentaron su prueba de pureza durante la Segunda Guerra Mundial, en ella debieron demostrar su verdadero amor al Estado soviético. No combatieron para defender a la madre Rusia, sino para defender al Estado, lucharon y resistieron por Stalin. Incluso los desterrados en Siberia se sintieron importantes trabajando para ayudar a mantener al país en pie, ni la delgadez de sus miembros ni el encono hacia el Régimen opacaron sus notables logros. Inclusive a muchos los llevó a olvidar su vida pasada y entregarse por completo a su nueva realidad, quedándose a vivir, luego de terminadas sus condenas, en los mismos centros de reclusión. Su rehabilitación era completa —al igual que aquellos jóvenes que se integraban, olvidando su pasado, a la burocracia del Estado y del Partido—, eran, por fin, verdaderos ciudadanos soviéticos.

El sinnúmero de entrevistas presentan la misma fórmula, toda una generación enfrentó una guerra teniendo completa claridad de qué era lo defendido, un sistema social. Pero también se defendían ellos; vieron la conflagración mundial como su momento en la historia, el punto cúlmine

de un proceso de limpieza y aceptación de la moral del Régimen soviético. El libro de Orlando Figes presenta la historia de estos niños en su proceso de crecimiento y auto aceptación, fuera de la exposición de los excesos del Estado soviético y su burocracia, este es un libro de personas.

Siendo así, llegamos al segundo punto a tratar: la metodología utilizada por el autor. El desarrollo de la historia oral no es nuevo dentro de la historia, es más, ha sido la herramienta fundamental de los investigadores que han intentado rescatar los relatos en la Unión Soviética. Figes no sólo ha utilizado tal fuente, sino que se propuso crear un libro sobre la vida interna de las familias. Este ambicioso plan ha sido llevado a cabo tras ocho años de entrevistas y luego de haberse ganado la confianza de sus entrevistados, sólo ellos le han permitido entender cómo se articulaban las familias bajo la sombra del estalinismo. Comprendiendo las diferencias entre las formas de susurrar dependiendo de las personas que estén cerca o el lugar en que se encuentran, la enseñanza a los infantes a mantener su lengua bajo control y nunca hablar de la familia y, por sobre todo, a vivir con el miedo a la mirada y el oído de los otros. Familias sin besos ni abrazos por la desconfianza entre sus partes, de madres endurecidas por su estadía en Siberia o que volvían con nuevos integrantes para la familia, hijos en la soledad compartida de los orfanatos estatales, matrimonios planificados para limpiar el pasado de uno de los cónyuges, familias de bolcheviques que pierden honor, status y auto respeto por las sucesivas purgas del Partido, cientos de nombres que esconden tras de sí igual número de vidas.

Aquel es un logro inigualable del libro, Figes abandona el rol, la exposición superficial y genérica de la familia, olvida el canto de sirena de la generalización y se dedica a exponer un mosaico de personas en sus relaciones familiares. Previendo la dificultad organizativa de tal empresa, optó por tener a dos individuos como eje

conductor del relato del libro. Konstantin Simonov, hijo de la nobleza, quien en su ansia por encajar en la sociedad soviética (era escritor) absorbe en profundidad la propaganda y la moral soviética, llegando a la cúpula del poder. Héroe de la patria durante la guerra, posteriormente se dedicó a purgar al medio intelectual para, postramente, verse abandonado al desdén y olvido de sus correligionarios al momento de la muerte de su protector, Stalin. Un caso distinto se presenta con Yergeniia Laskin, intelectual de religión judía, quien, no obstante ser la primera esposa de Simonov, sufrió en carne propia lo más agraz del Régimen. Finalmente, el hijo de ambos vivió una vida ambivalente, respetando el heroísmo de su padre, pero sin entender su falta de intervención a favor de su familia materna. Como ya escribí con anterioridad, es un libro sobre el amor y las formas que aquel toma en un mundo detenido por el miedo y la desconfianza.

Por último, existe un aspecto que debemos rescatar y que le entrega un último grado de importancia a esta reseña. No obstante ser un libro del año 2007, la traducción al castellano recientemente ha visto la luz, pero aquella suerte no ha sido compartida en todo el globo. Desde el endurecimiento de las restricciones sociales en la actual Rusia -específicamente desde el segundo periodo de Vladimir Putin- la libertad de expresión se ha visto restringida y se extiende, por parte del Estado y sus instituciones, un deseo de rescatar los elementos positivos del gobierno estalinista. No sólo han vuelto los desfiles militares, con ojivas nucleares incluidas, no sólo ha vuelto el uso del himno ruso estalinista, sino también las persecuciones estatales a los diversos organismos que intentan apoyar la difusión y conocimiento de la historia reciente de Rusia, sin tapujos ni restricciones. De este modo, durante diciembre de este año, el Gobierno ruso ha allanado los archivos de la Sociedad de la Memoria (base documental del libro que reseñamos), llevándose todos los documentos y también se ha cancelado la publicación -por falta de un editor- del libro

de Figes en ruso. La denuncia internacional, por parte del autor, ha colocado nuevamente en el ojo de la discusión la restricción a las libertades memorísticas de los pueblos, discusión que debería allanar el camino para reeditarla en nuestro país. ¿Dónde descansa hoy la memoria de nuestro país? ¿En las personas, en las organizaciones, en las instituciones educativas? ¿O acaso nuestra personalidad como país únicamente sirve para presentaciones humorísticas y libros de sociólogos televisivos. Se encuentran preparados los elegidos por nosotros para participar en los ámbitos de poder para enfrentar los pasados individuales, no de treinta años, sino de diez o quince años atrás, y verse enfrentados a la obtusa mirada de su propio pasado. Acaso estamos preparados nosotros para enfrentar el juicio histórico de nuestra propia memoria.

Cerrando estas elucubraciones memorísticas, basta decir un último cumplido (completamente merecido) al libro de Figes, su pluma. *The Whisperers* tiene tanto de historia como el Pinocho de Collodi, es un libro escrito como un relato, olvidando un poco el contexto que rodea la historia de las familias. Permitiendo una lectura simple y sin pausas, eso no significa que incluso el lector sienta la mirada omnipresente de Stalin, vigilando desde dentro a cada uno de los individuos soviéticos. Es una historia de cientos de Stalin, cada uno con un nombre distinto y una familia distinta, pero todos encerrados por el miedo interior a incurrir en una falta a ojos del *padrecito*. La forma de escritura del libro hace que el lector sienta aquella mirada, participando del ambiente claustrofóbico de la Unión Soviética de Stalin. Último mérito del trabajo de Figes: hacer sentir por un momento (por qué no, recordar) la presión social volcada en una generación de niños, forzados a construir un futuro en el sepulcro de su pasado, un mundo en que la única memoria aceptada es la mecánica repetición de las máximas del Régimen (Puro Chile es tu..., oh, lo lamento, tuve un desliz inconsciente).